



## VIRTUDES DE MADRE THÉRÈSE EMMANUEL

### ***Madre María Eugenia, 27 de Mayo 1888***

Mis queridas hermanas,

Desde nuestra última reunión hemos perdido algo tan grande que no puedo dejar de deciros unas palabras sobre ello.

Todas sabéis lo que M. Thérèse-Emmanuel era para la Congregación. Cómo por su espíritu religioso, su trabajo, su fe, su total entrega ha fundado esta obra; pero hay otras características en ella que me llaman más la atención y de las que os quisiera hablar.

La primera es la humildad y la obediencia. Conocí a M Thérèse-Emmanuel joven, la he visto en todas las etapas de su vida y nunca ha querido bastarse a sí misma, no tuvo incluso ninguna necesidad de sobresalir; nunca dejó de ser con su Superiora la hija más humilde, más sumisa, más flexible que uno puede imaginar, y esto era tan notable que no es necesario repetirlo. Tenía una grandeza de alma e incluso a veces una gran altura; pero esto no se debía a un amor propio, pues nunca lo tuvo, ni de joven ni más tarde.

Tenía una razón exigente, le gustaba saber el porqué de las cosas y no se satisfacía sin recibir buenos motivos. Todas las que han asistido a sus clases y han sido formadas por ella, deben acordarse hasta qué punto su enseñanza era razonada y la manera cómo exponía las cosas de la fe y de la religión era justa y lógica.

Junto a su capacidad de razonar había en ella algo más grande y más importante: su total despojo de todo orgullo, y porque era un alma grande era recta y nunca se detenía en ella misma. Nunca le he visto la necesidad de hablar de sí misma, de hacerse vale en algo ante las criaturas. Era un alma extremadamente virginal y, para creo que era la virginidad de su cuerpo y de su alma, la pureza, la rectitud de corazón, de espíritu, de la voluntad lo que la preservaba de todo y le hacía vivir muy por encima de todas las cosas.

M. Thérèse-Emmanuel era la que mejor comprendía nuestra vocación. Para ella, una religiosa de la Asunción debía estar tan por encima de todas las cosas de la tierra para tender a Dios, que se despertaba en ella un sentimiento de indignación cuando no se comprendía el fondo de nuestra vocación y no se respondía al ideal que ella buscaba.

Lo que enseñaba era lo que era también su alma; una alma muy por encima de lo bajo y de esas pequeñeces que para nosotras, que somos imperfectas, hacen que pensemos en nosotras y que caigamos sobre nosotras mismas. Os expreso todos estos recuerdos y os pido que si nunca los habéis visto en ella me digáis: no.

Gracias a esa humildad y rectitud todas las gracias de Dios han podido derramarse en su alma. Dios no da sus gracias y gracias escogidas en un alma habitada por el amor propio y que busca su propio honor en lo que son dones de Dios. Si en una tal alma se viera una apariencia de gracias particulares habría que dudar y temblar.

Se reconoce generalmente tres actores en la conducta interior de las almas. El primer actor es el divino y es este el que condujo a M. Thérèse-Emmanuel. El segundo actor es el natural. La naturaleza de M. Thérèse era rica en imaginación, pensamientos, ideales muy elevados, y no niego que algunas veces haya atribuido al actor divino ciertos pensamientos bonitos, santos y que, en buena medida, nacieron en su inteligencia. Es necesario decir aquí la palabra que el P. d'Alzon repetía a menudo. Cada alma privilegiada ha recibido la gracia de Dios según el modelo de su recipiente. Así Sor Thérèse la recibía en un tipo de inteligencia y, otras santas, siendo gratas a Dios, recibían sus gracias en una inteligencia tan mediocre que lo que ellas decían de esas gracias parecía algo normal, apenas proporcionada a la grandeza de la luz divina, y no revestían la belleza que se esperaba encontrar en ellas.

En M. Thérèse-Emmanuel la gracia de Dios descendía en una inteligencia maravillosamente dotada, en un corazón puro, impersonal, en un espíritu alimentado de las enseñanzas de la fe, en un alma habitada solamente por Jesucristo, que era su misterio y su única ocupación. Lo buscaba en el estudio, en la lectura, en el Evangelio, en el Oficio, lo buscaba en todo; y no es asombroso que la luz que Dios le concedía la haya recibido según el modelo de un tal recipiente, de una gran belleza, de una cierta sabiduría y una fuerza deductiva. No es negar al actor sobrenatural el admitir en este sentido una cierta mezcla de pensamientos sobrenaturales unidos a la acción divina.

El tercer agente es el diabólico. Nunca hubo nada de éste en M. Thérèse-Emmanuel. Todos los que la han conocido, que han apreciado sus escritos, sus palabras, su conducta, su vida interior, todos han dicho: no hay ahí nada de diabólico, nada, nada.

El demonio triunfa fácilmente en el alma que vuelve sobre ella misma, que quiere ser protagonista, que busca su propia excelencia. Pero ¿cómo queréis que confunda a

un alma impersonal? No digo que no haya tentado a M. Thérèse- Emmanuel pero cuando la tentaba, se quedaba fuera, jamás entraba dentro.

Si fuese yo la única en decir estas cosas no me fiaría de mi propio juicio, pero tal ha sido la apreciación de todos aquellos que han tenido relaciones serias con ella, empezando por Monseñor Gay que me dijo: No hay que temer nada en esta relación, no hay actor diabólico alguno, es Dios quien actúa y le habla.

La tercera característica que encuentro en M. Thérèse-Emmanuel es su correspondencia a la gracia. Nuestro Señor pedía, llamaba, hablaba, y ella correspondía, pero le costaba porque todo no era según su espíritu. Nuestro Señor, por otra parte, le guiaba hacia su cruz y hacia grandes sufrimientos. ¿Podía ella no sentirlo?

Os he dicho que su razón era exigente; algunas veces Nuestro Señor pide cosas que la razón no comprende, esto le sucedía y ella correspondía. Lo que la sostenía era la humildad y la obediencia. Era tan obediente que hasta el fin de su vida la obediencia era el móvil de su actuar. Cuando la víspera de su muerte me dijo: “Madre usted me ha hablado de la Extremaunción, ¿es que voy a morir?” Le contesté: “Madre, no sé, solo Dios tiene el secreto de nuestro último momento, pero está tan débil que en un momento de debilidad se podría ir.” Me dijo entonces: “Si usted lo piensa así... Me alegro mucho, esperaba que me lo dijera”; ahora es el momento que el buen Dios lo quiere.” Y siempre ha vivido así: en una obediencia filial, una obediencia sencilla, fácil, ingenua.

Pidió que le leyeran las oraciones de la Extremaunción, se preparó lo mejor posible, con todo su fervor y devoción recibió la gracia; entre los dos Sacramentos pidió perdón a las hermanas y en sus últimas palabras les recomendó que fueran siempre obedientes. La obediencia ha sido su fuerza y su gracia. Dijo después: “Ahora todos mis miembros están consagrados por Dios, Él ha consagrado todo en mí.”

El último día habló muy poco, estaba tan débil y había sufrido tanto que apenas se podía recoger una palabra de sus labios y no siempre se la comprendía.

Desde su juventud, cuando se unió a mí, hasta su muerte, ha sido un alma rica de los dones de Dios, sabia con una sabiduría que habéis podido apreciar y su único pensamiento era el de obedecer. Su obediencia hacia mí ha sido siempre la más humilde, flexible, filial y, como dijo Monseñor Gay, no era solamente por cariño. Nunca olvidaré su cariño y su fidelidad para conmigo lo que creó entre nuestras dos almas una verdadera unidad; obedecía con una visión de fe, deseaba escuchar de mí la palabra que Dios quería; era para ella como una gracia para cumplir la voluntad de Dios, hacía las cosas que yo le había dicho, y cuando algunas veces no veía totalmente

como ella, su espíritu acogía lo que yo deseaba. Era la persona más obediente y la más desprendida de ella misma.

M. Thérèse-Emmanuel tenía un inmenso amor a Dios, nunca tuvo otro amor, ella era justamente lo que dicen las Constituciones: *Nada hubo en su corazón que no fuese Jesucristo o que no fuera en su nombre, porque era su deseo y por amor a Él.*

Su amor hacia la Congregación era muy grande y lleno de cariño, a sus hermanas, a sus amigos, a las almas a las que se entregaba, pero siempre en Nuestro Señor y por Nuestro Señor. Su virginidad era la virginidad misma. Era la virginidad del corazón, del espíritu, la virginidad de la criatura que solo ha sido de Dios.

Por su extrema generosidad, su humildad y su obediencia, Dios pudo entregarse, fiarse de ella. ¿Cómo Dios se confiaría a un alma que pudiera atribuirse la gracia como algo personal? Es la gran condición gracias a la cual M. Thérèse-Emmanuel nunca se ha equivocado y ha sido objeto de tantas gracias de Dios, porque para mí, que he sido testigo de su vida interior, puedo decir que Dios la ha colmado de sus gracias. Tenía proyectos sobre ella y hasta el fin de su vida Dios trabajaba en ella para realizarlos.

La víspera de su muerte me dijo: “No he hecho todo lo que Dios quería de mí, no he cumplido todos sus deseos.” Y yo la consolaba diciéndole: “Creo que los mismos santos, excepto la Santísima Virgen, no podrían decir en el mismo momento en el que usted se encuentra que han correspondido a todas las gracias de Dios.”

Estoy convencida de que, incluso los mayores santos, no han podido ofrecer a Dios todo lo que Él les pedía; Dios está tan por encima de su criatura y lo que El da ¡es tan grande! Solamente la Santísima Virgen ha correspondido plenamente a todos los proyectos de Dios y en esto es única. Se puede decir que en ella toda gracia del cielo produjo el céntuplo y por ello Dios le concedió una santidad por encima de toda santidad, su belleza por encima de toda belleza y la hizo la reina de todos los Santos. Desde la Inmaculada Concepción hasta la Asunción, pasando por la maternidad divina y al pie de la Cruz, María se convirtió en madre de todos los hombres. No creo que otra criatura pensando en las gracias recibidas de Dios pueda decirse: no he dejado caer ni una de ellas. No lo creo y no me quedaría tranquila de un alma que pensara esto de ella misma.

Estos son los pensamientos, los deseos, los ejemplos de M. Thérèse-Emmanuel. Si Dios le ha concedido tantas gracias es porque era también un alma de oración, rezaba siempre y no necesitaba para ello estar en la capilla. Y aún el último día cuando recitábamos el rosario junto a ella, a media voz, nos dijo: “Estoy un poco cansada, rezo interiormente.” Y en efecto, en sus sufrimientos, en su vida religiosa, en

su juventud, rezaba mucho exteriormente, como lo habéis visto, pero rezaba sobre todo en su interior. No había lugar en el que por su vida, por su amor ardiente, por el cuidado para llevar todo a Nuestro Señor, no estuviese orando.

No os digo lo que ha sido como Maestra de Novicias, sería infinito, y sabemos el interés que tenía por cada una. Preguntaría a cada una de las que la han conocido anotar las palabras más sobrenaturales que han escuchado de ella, las que le han hecho mayor bien.

En una palabra, era un alma en la que la humildad, la obediencia, la oración, la pureza de corazón y de intención, el alejamiento de todo protagonismo y la fidelidad a la gracia han sido superiores a las gracias que han podido recibir todas aquellas con las que me he relacionado.

---